Capítulo 41 - Ave Asustada - El Último Orellen

- Capítulo 41 - Ave Asustada - El Último Orellen

Capítulo 41 - Ave Asustada - El Último Orellen

La salud de Yarda era atendida de la mejor manera posible en aquel lugar, y no había llegado ninguna noticia de Arlade Glimont ni de Zevnie al Oficina Postal. Por lo tanto, a Kalen no le quedaba otra opción que adaptarse a la situación.

La vida en la ciudad era completamente ajena a él. Odiaba casi todo de ella, excepto la librería, a la que ahora dudaba en visitar porque era regentada por Acresses. Sin embargo, a lo largo de las semanas siguientes, descubrió que al menos una de las cosas que odiaba tenía beneficios insospechados.

A la gente en este lugar no le importaba mucho la de sus vecinos. A veces, la gente se alucinaba en las calles o quedaba tendida en su propia mugre en lugares oscuros y apestosos entre los edificios. Kalen nunca había visto algo así en su pueblo. Las pocas personas que conoció en su vida, incapaces de cuidarse por alguna desgracia, siempre estaban vigiladas por otros. Él quedó horrorizado y disgustado por ello. Y además, confundido acerca de qué debía hacer respecto a esa situación.

No podía llevar a esas personas de regreso al posada con él. No podía alimentarlas a todas. No sabía dónde vivían sus familias y amigos para ir a preguntarles por qué no sentían vergüenza de sí mismas.

En sus primeros días en la ciudad, Kalen se movía furtivamente, sintiéndose culpable por ello. Luego, perdió el sentido de esa culpa, debido a su propio miedo a las bandas de cuero con nombres y su paranoia de que todos en el Puerto de Granslip le estaban mirando. Hasta que, poco a poco, se dio cuenta de que nadie le prestaba atención.

Porque tampoco a nadie le importaba él.

De la misma manera en que en la ciudad la gente pasa de largo ante una persona enferma que suplica por unas monedas, también pasaban junto a todos aquellos cuyas vidas no se cruzaban directamente con las propias. Mientras no llamaras la atención intencionadamente, raramente alguien se detenía a mirarte.

Esto también le resultaba algo desconcertante. Kalen estaba acostumbrado a ser observado por cualquier adulto en su cercanía—todos dispuestos a ofrecer consejos no solicitados si parecía que los necesitaba, o a reportar cualquier mal comportamiento a su madre y a su padre.

Aquí, en el Puerto de Granslip, usualmente era invisible.

Y al darse cuenta de ello, finalmente pudo relajarse un poco.

Cada mañana, incluso antes del amanecer, salía en busca de un nuevo escondite para su tablero de espionaje de las Orejas del Este. A veces usaba las banderas con él, si estaban en un lugar donde no llamaría mucho la atención; otras veces, simplemente confiaba en la suerte y en sus propios sentidos para detectar la dirección del viento.

Tras escoger el nuevo hogar para aquella maravillosa herramienta mágica, emprendía una larga caminata en una de dos direcciones. Ya fuera hacia el puerto principal y luego hacia el sur, hacia un pueblo pesquero que años atrás había sido absorbido por la ciudad para convertirse en uno de sus barrios periféricos. O bien, hacia el este, hacia un gran cementerio para personas adineradas, que parecían querer ser enterradas en arcos sobre el suelo, en pequeños edificios de la misma piedra roja que se usaba para las iglesias de Clywing y Yoat.

Ambos lugares tenían sus ventajas y desventajas.

El barrio pesquero estaba junto al mar, con algunas zonas superficiales que Kalen podía usar para su nuevo método de meditación, descubierto durante su estancia en la Isla del Hermano Anziano. Utilizaba su técnica de ensueño, sostenía algo pesado, se sumergía en las olas y, allí—en la calma y la oscuridad—podía por fin estar solo, solo con su magia. Reflexionaba sobre lo que acababa de leer en su libro, tomaba aire y volvía a sumergirse cuando ya no podía respirar más.

Las desventajas del lugar eran que el viento casi siempre era adverso para captar voces con los Oídos del Este. Además, tenía que mojarse la ropa. La zona no estaba muy concurrida, pero por lo general había personas a la vista, y al parecer, los chicos en Granslip Port no nadaban desnudos.

Era una completa tontería. Los hombres y niños en Hemarland casi siempre nadaban desnudos. Las chicas de la edad de Kalen también lo hacían. Las mayores y las mujeres adultas no solían nadar mucho, y cuando lo hacían, usaban ropa interior.

Ahora, tras recibir una reprimenda por ofender las sensibilidades locales, le vino a la conciencia que cada opinión distinta a la suya sobre este asunto era absurda. Todas las personas deberían nadar cuando quisieran. Y hacerlo desnudas si así lo deseaban. Y no deberían ser reprendidas por mojigatas.

Era la forma más justa y práctica de proceder.

Pero intentaba no llamar la atención, así que solo le quedaba soportar el escalofrío que le producía estar en sus ropas frías y mojadas después de terminar sus sesiones de meditación.

El cementerio era más cómodo y, por lo general, más privado, y era un lugar excelente para espiar, siempre que el viento ayudara. Pero era un cementerio, y cuando había gente, Kalen debía ser cuidadoso y evitarlos. No creía que los muertos profundizaran en su presencia, escondido entre ellos practicando hechizos, pero los familiares vivos podrían no verlo con buenos ojos.

En general, al acercarse el fin de su primer mes en la ciudad, se sentía satisfecho con la rutina que había encontrado. Y, con sus peores temores disipados, su concentración aumentó y empezó a

progresar en la Magia del Viento Rápido a un ritmo que, aunque más lento de lo que deseaba, no resultaba en absoluto decepcionante.

Una mañana en el cementerio, escondido entre dos de las tumbas elegantes, Kalen finalizó de dominar su hechizo más reciente del libro. Manteniendo unido el patrón del camino interno, concentrándose con intensidad para no perder sus delicados hilos giratorios, se levantó. Echar un vistazo alrededor de las sepulturas para asegurarse de que todavía estaba solo, y cuando decidió que así era, salió al estrecho pasillo lleno de hierbas entre las filas de bóvedas de piedra roja.

A exactamente dieciséis pasos, Kalen había formado un montículo de tierra y hierba que servía como su blanco para aquel hechizo.

Estaba emocionado por tener un objetivo. Lanzar un hechizo hacia algo que no estuviera en su cercanía inmediata era algo nuevo y muy mágico. Además, tuvo la oportunidad de dibujar un par de runas en el aire. Lo cual…le recordaba un poco demasiado a aquello que había hecho y que hizo explotar el bosque, pero eran un conjunto completamente diferente de runas. Escrito en un libro. No iba a ser problema.

Los caminos se inundaban, el patrón casi listo, la tierra apilada en un montón alto y ordenado.

Kalen apuntó al montículo con los tres dedos del medio de su mano izquierda, y con la derecha dibujó las runas en el aire mientras terminaba las últimas intersecciones del patrón interno. La magia fluyó con fuerza a través de sus caminos hacia el patrón. A Kalen le pareció que toda su estructura de maná brilló intensamente por un instante. Jadeó por la potencia, y en un segundo, en la yerba varios pasos más allá del montículo, vio un tenue destello de luz prismática.

El largo césped en ese lugar se agitó con furia. Muchas hojas se desprendieron y salieron disparadas en diferentes direcciones. Algunas olas del césped incluso giraron torpemente en el aire, como ebrias.

Kalen se desplomó de espaldas en el suelo, aturdido por la sorpresa y por la oleada repentina de magia intensa que, al concentrarse tanto en sus conductos mágicos, le vertía vertiginosamente.

—Oh, fallé —susurró parpadeando, con un ojo entrecerrado.

Su objetivo permanecía completamente intacto. El Mago Batto debía dar pasos mucho más largos al estimar la distancia para el hechizo del Pájaro Asustado que Kalen. Era una evidencia que fácilmente podía pasar por alto, pero él había estado tan concentrado en las complejidades mágicas de su trabajo en la mañana que simplemente olvidó la pequeñez de sus piernas en comparación con las de un adulto promedio.

Kalen se levantó y fue a inspeccionar el lugar donde había fallado.

La hierba seca y las malezas estaban revueltas; en algunos sitios, un mechón había sido arrancado, y las raíces enmarañadas de la hierba sobresalían en el aire. La zona que golpeó tenía aproximadamente un paso y medio —de sus propios pasos— de ancho.

Kalen se cepilló las ropas y meditó sobre el hechizo. El mago Batto no había mencionado su finalidad, solo su efecto: hacía que el aire se moviera rápida y caóticamente en el área objetivo.

Kalen pensó que era mucho magia solo para ese efecto. No entendía por qué querría usarlo si fuera más práctico que de estudio.

"Las Orejas del Este" era un hechizo canalizado. Podía mantener el patrón y lanzar a través de él durante el tiempo que pudiera suministrarle energía continuamente.

El Pájaro Asustado, en cambio, era para lanzamientos únicos. El patrón se desintegraba tras completarse. Los conductos mágicos estaban más cerca de la posición correcta que lo habitual al terminar, por lo que podía recomponerlo más rápidamente. Pero aún así le tomaba unos minutos, y construirlo por primera vez había requerido tres veces ese tiempo.

Me pregunto qué velocidad debería tener para los practicantes normales que no tienen tantos problemas con los patrones como yo.

La brisa despeinó su cabello y Kalen sonrió, complacido. Hoy el viento era constante. Subió a la cima de la tumba más cercana para asegurarse una vez más de que estaba solo y, al confirmar que así era, se acomodó en una postura cómoda en el suelo y revisó sus conductos mágicos, absorbiendo maná hasta llenarlos nuevamente.

Se recompensó por su primer intento bastante exitoso con el nuevo hechizo al unir el patrón de "Las Orejas del Este" y soplar suavemente en sus palmas. Esperó con expectación, y unos instantes después, escuchó el sonido de cascos sobre calles adoquinadas.

En un acto de inspiración que creyó ser brillante, Kaleán había escondido su tablero de espionaje debajo del asiento del carretero de un carro que pasaba sus días transportando cosas desde los muelles a otras partes de la ciudad. Así podía vigilar múltiples sitios sin mover el tablero.

El carro tenía una pintura roja desgastada, por lo que pensó que probablemente podría encontrarlo de nuevo en uno o dos días para recuperar el tablero. Y, si no, simplemente podría tallar otro, pues ya empezaba a necesitar una capa nueva de pintura mágica.

Por ahora, el carro parecía atravesar un lugar muy concurrido. Kaleán escuchó voces variadas hablando de temas comunes: sus dolencias, los precios de los productos, el clima.

Todos parecían coincidir en que hacía bastante frío para la época del año.

Kalen no entendía qué tenían en contra de un día de clima templado.

El caballo se detuvo y Kalen escuchó el crujido del asiento cuando el cochero abandonó el carruaje.

—Las sacerdotisas no pensaron en que eso pudiera suceder cuando empezaron a sobornar a los pequeños demonios de la cuneta con monedas, ¿verdad? —dijo la voz de un hombre.

—Creo que es triste. Siento que es tan triste —respondió una mujer—. Clywing debería tener misericordia de ellos por ello. No es como si supieran. Y el coro del solsticio se arruinará por eso.

—¿Arruinarse? ¡Bah! Solo serán niños de buena familia. Mejorarán mucho con ello, creo.

—Me da pena por ellos. Miren esa fila, todos vestidos con esa pulsera que los rechazará, solo por unos pocos Orellens que la iglesia mantiene en secreto.

—Es una cuestión de principios —dijo el hombre—. Los malditos practicantes en este país se están acercando a la familia Leflayn como si Circon fuera a caer ante ellos antes de que termine el invierno. Piensan que somos tan débiles a unos mercenarios que lanzan magia como los perezosos del sur. ¡Por una vez, la iglesia tiene razón! ¡Es patriotismo!

—Aún siento pena—

Su conversación se cortó abruptamente al salir del alcance del consejo.

El familiar vértigo que Kalen experimentaba cada vez que se mencionaba ese nombre incómodo era casi insignificante en comparación con su confusión ante esa conversación. ¿Qué tenían que ver los Orellens con un coro?

Eso era algo que ocurría en las iglesias de aquí: un grupo de personas cantando para un dios. Kalen había asistido a una misa una semana, preguntándose si quizás estaban haciendo ese tipo de magia sagrada que Nanu le había mencionado alguna vez, donde un practicante especial solicitaba cosas directamente a su dios mediante un ritual.

Pero no, solo era un grupo de personas cantando.

¿Quizás el coro del solsticio sea especial y esté involucrada alguna magia?

Faltaba menos de un mes. Aquí habría un festival para celebrarlo. No como la ceremonia invernal en su tierra, pero era reconfortante saber que también allí marcaban el día más corto del año.

Y Kalen finalmente cumpliría doce años.

Dejaba caer sus manos y el silencio del cementerio volvía, antes de que pudiera quedar demasiado sumido en sus preocupaciones.

Luego, practicó el único otro conjuro que había aprendido del libro hasta ese momento: Ampliar Aliento. Era el más fácil y le proporcionaba una gran satisfacción.

Construías el patrón, canalizabas tu magia a través de él y respirabas lentamente por los labios fruncidos. Esto hacía que el aliento se convirtiera en un viento adecuado, un toque de brisa aislada de solo unos dos metros de ancho. Lo suficientemente fuerte para mover arena en el suelo, pero nada más. Kalen lo había usado una vez para barrer el porche de la posada.

Desde sus lecturas, tenía la sensación de que había matices que aún no entendía, y que el hechizo era solo una base para algo más. Pero por ahora, era divertido hacer que sus expiraciones duraran lo más posible, para así ver cómo toda la hierba ante él se doblaba con su orden. Pasó el resto del día alternando entre sus tres nuevos hechizos. El de el Pájaro Sorprendido era difícil. Prepararlo, por supuesto, pero además, apuntar con precisión. La criatura aparecía a una distancia muy específica del lanzador, y solo podía controlarse con los dedos apuntando en la dirección deseada.

Una de las partes del patrón estaba destinada a ajustar la distancia, pero Kalen no comprendía cómo funcionaba. El autor, inusualmente escaso en explicaciones, parecía dar por sentado que al lector le resultaría obvio cómo se hacía desde el principio.

Pero, cuando finalmente logró impactar en su montón de tierra con aquel hechizo, llegó a una conclusión algo inquietante acerca de para qué podría ser realmente útil. Suponiendo que en realidad fuera un mago y tuviera la capacidad de lanzar con rapidez, como el libro afirmaba que era lo ideal.

Kalen se acercó a lo que quedaba del montículo y lo inspeccionó detenidamente. Parte de él permanecía intacta, pero otra se había volado y la cima había sido golpeada y derribada. Lo había visto ocurrir. Muy extraño de ver. Como si alguien hubiera tomado una daga grande, cortado la parte superior del terrón y la hubiera lanzado al aire.

—Creo —dijo lentamente al cementerio vacío—que esto puede ser un hechizo para hacer daño a las personas.

Miró hacia el cielo que se volvía oscuro.

El día se acercaba a su fin y Yarda se preocuparía si no volvía al posada. Ellos siempre dedicaban el tiempo después de la cena a redactar cartas y escuchar los sonidos que todavía captaba la tabla de espionaje, si le quedaba magia suficiente en ella.

Pensativo, Kalen empacó su bolso. Seguía lanzando miradas al montón de tierra.

La forma del efecto del hechizo es un cilindro. Mide aproximadamente siete pies de altura. Dentro cabría una persona entera.

No sabía qué hacer con ese pensamiento.

Al día siguiente, Kalen compró un saco de arpillera lleno de manzanas algo magulladas y lo llevó hasta el cementerio. Pasó bastante tiempo cavando y amontonando la hierba y la tierra con sus manos y una tabla rota que había estado usando como pala. La apiló contra la parte trasera de una de las tumbas y luego colocó su saco de manzanas encima, hasta que quedó un poco más bajo que él mismo.

No era necesario que fuera tan alto como un adulto, pero para que tuviera impacto, quería que fuera un objetivo más grande que el que utilizó ayer.

No había encontrado aún el lugar dentro de sus caminos donde encajara el hechizo de “Pájaro Sorprendido”, ese hogar natural que los dos hechizos canalizados, en especial “Oídos del Este”, se habían creado por sí mismos al hacer que fluyera la magia a través de ellos. Así que lo construyó donde pudo, dibujó los runas con su mano derecha y apuntó con la izquierda.

Falló.

Vio el destello prismático de la magia reunida justo frente a su objetivo y escuchó un par de extraños silbidos. Pensó que quizás esos sonidos formaban parte del origen del nombre del hechizo.

Dio un solo paso hacia adelante, cerró los ojos y respiró profundo, absorbiendo nuevamente la magia.

Recuerda disfrutarlo.

Siempre le había gustado la sensación de absorber más poder cuando estaba en Hemarland, que era una oportunidad tan escasa. No quería perder esa sensación aquí ni empezar a darla por sentado.

Cuando estuvo listo, reconstruyó el hechizo, un poquito más rápido, ya que sus caminos parecían recordar cómo hacerlo. Luego lo volvió a lanzar.

El destello, un silbido, y el sonido “thu-thump-thump-thump” de las manzanas cayendo al suelo tras una repentina rasgadura en el saco.

Una de ellas voló hacia la tumba cercana. Otra fue en dirección a Kalen con tanta fuerza que apenas pudo esquivarla a tiempo.

Con el corazón latiendo con una energía que provenía tanto de su éxito como del temor de haber cometido tal vez un error, Kalen dedicó un largo rato a analizar lo que había logrado la invocación.

Aparte del limpio desgarro en la bolsa, también había que considerar las manzanas en sí mismas. Muchas estaban completamente indemnes. La que había golpeado la tumba vecina había explotado parcialmente. Un par de ellas faltaban en partes, y Kalen tuvo que recorrer la hierba buscando dónde habrían volado.

Una fue cortada con precisión en dos mitades. Otra quedó parcialmente incrustada en la colina de tierra.

Ríos de viento silbaban frenéticamente entre sí. Firmes. Algunos como puños golpeando. Otros comodagas.

Kalen se agachó y tomó una gran pieza de la manzana que había estado a veinte pasos de su objetivo. La mordió mientras meditaba intensamente.

Es un hechizo de combate, pero no voy a ganar una pelea con él. A menos que la persona ya esté tan herida que tenga que arrastrarse hacia mí sobre su vientre.

Debido a la complejidad de su estructura mágica y a la dificultad que tuvo para colocar sus caminos por donde debían sin tensionsar partes innecesarias del embrollo, el tiempo inicial para lanzar el hechizo fue de aproximadamente seis minutos. Luego tuvo que absorber más magia.

La segunda vez fue en la mitad de ese tiempo, pero aún así…

Kalen terminó su rebanada de manzana y se limpió el jugo de la barbilla con la parte posterior de la mano.

Las corrientes de viento en el hechizo parecían también ser aleatorias. O al menos tan complejas que Kalen no podría catalogarlas ni preverlas sin dividir en muchas partes más la mira.

No hay nada que pueda hacer con esto, concluyó. A menos que me vuelva diez veces más rápido de lo que soy ahora.

Eso lo sabía en su cabeza. Y a Kalen le gustaba pensar que ya era lo suficientemente maduro a casi doce años como para escuchar a su razón en lugar de las partes más tontas de sí mismo.

Pero por alguna razón, lanzar Hechizo Aleteo lo hacía sentir que no estaba tan indefenso ante las extrañas sombras y la oscuridad que había en este lugar.

Así que cedió ante esa parte de sí que no quería sentirse tan pequeño, y volvió a apilar sus manzanas.

Y otra vez.

Y otra más.

Pasó otra semana. Yarda hizo su tercera visita al Enclave de la Acrés y, al regresar, reportó que finalmente había podido ver al hechicero.

“Él dice que haremos algunos trabajos para fortalecer mi corazón,” dijo, sonriendo a Kalen. “El mes que viene. Parece un hechicero muy astuto. Creo que finalmente decidí que lo mejor fue quedarme aquí.”

No preguntó por qué Kalen estaba sentado en el suelo de su habitación comiendo trozos de pan aplastado, picado y algo sucio. Era una escena bastante común. Después de todo, no se podía simplemente comprar comida y dejar que se echara a perder, y si añadías grasa de carne y miel al pan, la suciedad casi no se notaba.

“Me alegra mucho, Yarda,” dijo él.

“¿Estás segura de que no quieres volver a visitar el Enclave para echar un vistazo a sus libros?”

Kalen parpadeó y levantó la vista del frasco de grabación que preparaba para enviar un mensaje a casa.

“Eh…” balbuceó. “Estoy muy ocupado con el que tengo ahora. Y cuando no, estaré haciendo algo en las iglesias las próximas semanas. Un trabajo.”

Yarda pareció sorprendida. Luego soltó una carcajada fuerte y alegre. “¡Ahora eres sacerdote!”

Kalen se ruborizó. “No. Escuché a algunas personas hablar sobre algo que estaba haciendo la Iglesia de Clywing, así que pasé hoy para averiguar de qué se trataba. Y al hacerlo, me di cuenta de que sería una forma muy buena de aprovechar mi tiempo y ganar algo de dinero para reemplazar parte de lo que gasté en los libros.”

“Eres uno de esos que agitan las cosas olorosas y ardientes.”

“Los perfumistas sagrados,” dijo Kalen.

Solo había ido esa mañana para satisfacer su curiosidad. Pero luego se había adentrado un poco más de lo que había planeado, impulsado por el atractivo de la posición política actual de la iglesia, en oposición a la familia Acress, y por el entusiasmo de una joven sacerdotisa que pensaba que se parecía “a uno de los huérfanos favorecidos de Clywing”. Ella lo había guiado por todo el área principal de la capilla, explicando los rituales religiosos y señalando diversas reliquias de interés, incluyendo los incensarios que difundían el perfume.

“No soy uno de esos tampoco,” dijo. Sintió cómo sus mejillas se calentaban aún más. Carraspeó. “Soy el tercero mejor cantante en el coro infantil del solsticio de este año.”

Las cejas de Yarda se levantaron lo más que pudieron. La expresión en su rostro era pura sorpresa encantada.

“Decían que sería el primero,” dijo Kalen. “Y que tendría los solos de los niños varones. Pero, al parecer, mi acento no desaparece completamente cuando canto. Y quieren que la gente sepa que son dos niños de Circonia los que lideran.”

Temía que si eliminaba por completo el ritmo tiriswaithan para alcanzar las notas que pedían, saldría a relucir el ritmo hemarlando.

“Lander alguna vez me dijo que mi voz era buena,” admitió Kalen. “Pensé que estaba bromeando conmigo.”

Supuso que había dedicado bastante tiempo a practicar la precisión en su canto, por sus conjuros. Pero no era como si alguna vez hubiera tenido auditorio o lo hubiera deseado.

“¿Por cuánto te pagan por hacer esa clase de trabajo?” preguntó Yarda con entusiasmo.

“Te dan una media de medio escudo de plata por cada tercer día que vas a la práctica matutina,” explicó Kalen. “Y cinco en el solsticio, cuando cantas en la capilla toda la noche, para las personas

que esperan allí a que llegue el nuevo día.”

Era una muy buena paga para un niño y, según la joven sacerdotisa, se hacía con fines benéficos, ya que en años anteriores muchos de los niños del coro habían sido elegidos entre los más pobres de la ciudad. Pero este año, las Acress y Clywing estaban peleando por las pulseras de cuero.

Así que, si llevabas una, no se te permitía cantar.

Y por eso, la mayoría de los niños pobres que necesitaban la paga se habían quedado sin ella.

Kalen sentía lástima por ellos. Pero nadie intentaba buscarlos ni matarlos. Así que no parecía el momento adecuado para defender sus principios.

“Después de que me escucharon cantar, me dieron esto,” le contó a Yarda, mostrando su muñeca izquierda. Allí llevaba una cinta de cuerda trenzada blanca y lisa, con un dije de Clywing pintado en plata colgando de ella, parecido al que llevaba el repartidor en la gorra. “Se los dan a todos los miembros del coro.”

Si llevabas la trenza blanca de Clywing, nadie pensaría que fuera extraño que no llevases la otra pulsera.

Kalen la miró y empujó otro trozo de pan a su boca.

—¿Quieres escuchar los Oídos del Este conmigo? —preguntó Yarda—. No utilicé mucho la tabla hoy, así que aún debería estar funcionando.

Ella seguía sonriendo como si la noticia de que él se unía a un coro infantil dedicado a un dios del que apenas sabía nada fuera lo más maravilloso que hubiera oído. Pero al escuchar la propuesta, asintió y se acercó a abrir su ventana para que Kalen pudiese sentir la brisa.

—¿Dónde lo has escondido hoy? —preguntó. —¡Espero que en algún lugar interesante!

—Lo puse debajo de la repisa del porche, en ese bar donde van todos los marineros a emborracharse.

—¡Ah! ¡Ese es mi favorito!

—Lo sé.

Kalen pensó que sería un deleite para ambos, especialmente después de que ella pasara toda la jornada en el hospital. Dejó a un lado su cena y su frasco de grabaciones, extendió sus manos y lanzó el hechizo.

El sonido de risas excesivas y chistes soeces llenó la habitación.

—Nunca le digas a tu madre que escuchamos esto juntos —dijo Yarda, riendo a carcajadas y limpiándose las lágrimas.

—Soy un buen muchacho —aseveró Kalen con devoción—. Ahora voy a la iglesia.